

La primera de la fila

BOGOTÁ LITERARIA

DESDE FESTIVALES en parques hasta proyectos digitales, pasando incluso por la corrección de tatuajes con mala ortografía, la capital acogerá en septiembre una serie de eventos que tendrán como protagonista a la escritora. Acá, en trazos generales, su mapa. En el Centro Cultural Gabriel García Márquez, en el barrio La Candelaria, se realizará del 27 de agosto al 16 de septiembre el



quinto Festival Visiones de México con 40 invitados, más de 15.000 ejemplares importados, un homenaje a Juan Rulfo a propósito del cumpleaños 60 de *Pedro Páramo* y un ciclo de cine mexicano. A unas cuadas, entre el 7 y el 11, el edificio del Instituto Caro Cuervo será la sede del IV Festival de la Palabra, donde además de talleres y conversaciones con autores nacionales e internacionales, se hará la modificación de tatuajes y se anunciará el ganador del Primer Concurso de Cuento. Un poco más lejos, en el Parque Simón Bolívar, se llevará a cabo durante el último fin de semana del mes 'Lectura bajo los árboles', un proyecto de IDARTES que se ha convertido en una especie de pequeña fiesta del libro de ambiente familiar con una zona para trueques, fanzines, autores y música. Mientras tanto, el norte de la ciudad tendrá dos eventos: Jazz al Parque, que incluirá un área reservada para librerías, en el parque El Country; y Las Líneas de su Mano, el festival de poesía que celebra el Gimnasio Moderno durante la primera semana de septiembre. Y, para quienes no puedan asistir a ninguno, hay una alternativa: desde el 27 de agosto se va a empezar a actualizar semanalmente la nueva Biblioteca Digital de Bogotá.

La controversia

¿Y LOS RESTAURADORES?

ENTRE EL 26 Y EL 27 de julio se radicó en el Ministerio de Cultura, la Universidad Externado de Colombia y el Ministerio de Educación una carta respaldada por 387 firmas a propósito del inminente cierre del único pregrado de Conservación y Restauración de Bienes Muebles en el país. El comunicado, en trazos generales, expresa el sentir de los profesores y estudiantes de esa facultad, creada en 1992 mediante un convenio entre el Ministerio de Cultura y la Universidad del Externado: "Nos une un tema crucial en donde lo que está en juego es garantizar la conservación del patrimonio cultural mueble y lo que este representa para los colombianos, en tanto una formación académica continua, de calidad y coherente con las necesidades y la legislación de nuestra sociedad". El pregrado, responsable de 941 objetos restaurados, 185 trabajos de investigación y 23 inventarios de colecciones públicas, dejó de recibir estudiantes en 2009 y a la fecha de esta publicación el convenio no ha



El recién restaurado Teatro Colón de Bogotá.

sido renovado. La carta expresa la preocupación de que la restauración de objetos arqueológicos, textiles, ornamentos, esculturas en piedra, murales, cerámicas, libros y mapas, entre muchos otros, caiga en manos de no profesionales en un futuro cercano. Y, además, resalta que en las regiones aún hace falta realizar una identificación inicial de un amplio número de bibliotecas, museos, archivos e iglesias. Por lo tanto, *Arcadia* se une a la iniciativa de las 387 firmas para que se produzca un debate público con el fin de que Colombia no se quede sin restauradores.

Contra la intuición • Por Sandra Borda



CLASISMO MORAL Y PAZ

Un lugar común en la conversación nacional sobre el proceso de paz señala que no debemos referirnos a los miembros de la guerrilla como similares o ubicados en el mismo nivel que la fuerza pública. Tampoco podemos comparar, reza el mismo

lugar común, a los líderes de las Farc con la clase política. La razón tiene que ver, sugieren quienes esgrimen el argumento, con que quienes estamos del lado del Estado, de la legalidad y de la democracia, jamás seremos equiparables en crueldad, criminalidad y perversidad a las Farc. Del lado de la guerrilla la cosa funciona igual: la idea del "estado paramilitar asesino" del que intentan liberarnos a todos les permite ponerse, en el plano moral, por encima del establecimiento.

La cosa no es difícil de entender: en un escenario de guerra como el colombiano, para poder usar la fuerza contra el otro y poder aniquilarlo militarmente, necesitamos deshumanizarlo. Para llevar a cabo la tarea de asesinar a otro que bajo circunstancias distintas podría ser un familiar o un amigo, es necesario algo de superioridad moral, sentirse con más razón, más legitimidad y más dignidad.

Como en cualquier juego de suma cero, la forma más fácil de lograr esto es reduciendo la razón, la legitimidad y la dignidad del otro. Así, se deshumaniza verbalmente cuando se califica a los otros como animales: les llamamos "ratas" y "cerdos" frecuentemente. También se deshumaniza cuando a punta de infligir dolor físico (tortura) se debilita hasta desaparecer la voluntad del otro, un rasgo típicamente humano.

Pero hay otras formas en las que llevamos a cabo esta tarea de la deshumanización: como sociedad hemos decidido identificar a los soldados que mueren en combates con la guerrilla; los medios entrevistan a sus familias, vemos imágenes de los lugares donde habitaban, conocemos a sus huérfanos y escuchamos con simpatía y solidaridad el llanto de quienes los amaban. Pero jamás hacemos lo mismo con los guerrilleros que perecen en los mismos combates. Y no lo hacemos porque ellos son el enemigo y no podemos crear simpatía hacia su condición; esa simpatía solo haría más difícil el tratar de eliminarlos militarmente.

Habrà quienes leyendo hasta este momento tengan la tentación de decir "pero eso que objetivamente no somos iguales, ellos son delincuentes y nosotros no". Sin embargo, los bandos de esta guerra no se dividen entre buenos y malos. Cada cual ha contribuido con su cuota significativa

de delitos y de abusos contra la población civil. En este escenario, nos quedamos más bien con las preguntas ¿quién es peor?, ¿qué o quién es más perverso?, ¿Bojayá o los falsos positivos?, ¿el empresario que financia la guerra desde su escritorio y su corbata o el combatiente que empuña el fusil y que jala el gatillo?

Mi sugerencia aquí es que no hay preguntas que le hagan más daño a la búsqueda del perdón y la reconciliación que estas. Si de lo que se trata es de acabar la guerra y zanjar diferencias por las buenas y no a bala, preguntas como estas nos empujan exactamente en la dirección contraria. Estos son cuestionamientos que apuntan a seguirnos dividiendo en estratos de carácter moral, y cuando uno se autodefine moralmente de estrato 6, no hay chance de que en medio de la conversación política les otorgue respeto y legitimidad a los argumentos que se construyen en lo que uno considera es el estrato 1. Así, no hay forma de pensar en que tendremos un futuro político pacífico. No hay la menor posibilidad.

En este país somos tan dados a estos viajes de superioridad moral que cuando alguien comete un delito nos sentimos en la libertad de exigir que "le piquen los testículos en la Plaza de Bolívar" o que "lo metan en ella". Pero somos alérgicos a reflexionar sobre nuestra propia relación con la legalidad y las normas: no le vemos problema a un soborno si se trata de evitarse un trámite engorroso, no nos sonroja irrespetar normas de tránsito, vender nuestro voto o hacer trampa para avanzar más rápido profesionalmente.

Y si usted en este momento está pensando "bueno, pero objetivamente es peor un asesino que un infractor de normas de tránsito", es porque no ha podido dejar de practicar el clasismo moral del que aquí hablo. Sigue entretenido con la idea de que siempre habrá alguien peor que usted, alguien a quien deshumanizar, ajusticiar, aniquilar. Así las cosas, la dejación de las armas será lo de menos cuando de acabar este conflicto se trate. Lo de más será dejar atrás el imaginario colectivo construido en 60 años de matarnos unos a otros, la forma de pensar propia de un país en guerra. ♦